

TIEMPO DE CENIZAS

El hombre asciende por una escalera mecánica infinita a la terraza de un edificio, el más grande de una ciudad desconocida, llena de otros edificios acristalados y enormes a los que se accede por iguales escaleras mecánicas o por iluminados ascensores externos.

Conforme sube de un piso a otro ve por sus ventanas a toda una multitud de personas que pululan en su interior. Gentes corrientes. Hombres y mujeres comunes que comen, beben, hablan, leen, trabajan, estudian o fornican en las luminosas habitaciones de aquel gigantesco rascacielos.

Se percibe a sí mismo todopoderoso.

Asciende mientras que aquellos otros seres minúsculos quedan atrás. Hormigas descabezadas dando vueltas en un laberinto de escaleras pasillos y puertas.

Él trepa sin esfuerzo hacia la terraza desde la que podrá dominar el mundo. Sabe que una vez arriba se convertirá en un cisne blanco y que volará con otros tantos majestuosos cisnes blancos; chicos y chicas de las alturas como él. Y que hará el amor con seres invisibles y maravillosos.

Cuando llega hasta lo más alto, la pasividad, ingenuidad e insensibilidad se apoderan de él y descubre, con gran pesar, que en aquella terraza no hay entrada alguna al edificio, que no puede acceder a las entrañas de aquella mole para mezclarse con los miserables que acababa de ver a través de las ventanas de sus habitaciones que es, en el fondo, el sentido de su aspiración.

Había conseguido volar más allá que nadie y justo en aquel momento, en aquel terrible momento, se ve sólo y vacío.

Una vez más despierta bañado en sudor. Le embarga la angustia.

El hombre ahora no sueña. Está apoyado en la barra de un bar al que no sabe cómo ha llegado y que no se parece en nada a los que acude habitualmente; siempre llenos de gente elegante y de camareras atentas dispuestas a servir al más mínimo gesto. Se percibe igual de abandonado que en el sueño. Ha tomado conciencia de su vida mediocre, llena de silencios,

oprimida, colmada de resquebrajamientos y hendiduras en el camino y sujeto a una depresión que le ha acompañado durante largo tiempo y que no ha querido advertir.

En su vida siempre se ha sentido alguien especial. Un descendiente de reyes que por insólitos motivos ha venido a nacer y criarse en su familia; la más común, prosaica y sosa familia que nadie pudiera tener. Partió del cero más absoluto y todo lo que ha conseguido se debe a su capacidad. El mérito y la grandeza están en él y no tiene porqué agradecer a nada ni a nadie el haber llegado hasta la posición destacada que ocupa.

Una posición que, ingenuamente, cree que ocupa. En verdad es el permanente aspirante a las alturas.

Ya lo intuía en el sueño. De ahí su despertar quebrado y sudoroso. Percibía en sí una terrible conmoción de abandono y una gran aversión hacía él mismo por verse humano a pesar de todo.

Es suficiente una depreciación, un despido, un informe médico, una amistad traicionada o una mujer abandonada, para sentir el dolor del vacío y la degradación más absoluta. Esta noche camina sin memoria por no querer enfrentarse a sus errores y a lejanas culpas que le han desvinculado de su familia, de sus amigos y de la mujer que pudo quererlo. Vaga sin memoria por no reconocer en él una actitud prepotente que le privó de los demás.

Lo había observado en su padre desde que era niño. Un padre al que comprendió vendiendo su tiempo y energía a cualquier precio, prostituyéndose diariamente en aquel taller mecánico para ganar un salario ínfimo que servía, básicamente, para disimular ante su mujer e hijos la miseria y el fracaso de su vida. Lo aprendió bien y se juró no volver a repetirlo.

Él, sin embargo, había preferido dejarse llevar por la falsa impresión del triunfo, del poder y del dinero y pensar que todo estaba a su disposición. Porque siempre había un precio para cada cosa, para cada persona. Creía que podría comprarlo todo y siempre.

No obstante, la música elegida para su vida ha dejado de sonar. Ahora escucha la otra, la que no ha querido percibir hasta el momento. Sonidos ásperos y abruptos que venían

sonando en sus oídos desde hacía tiempo, que le acompañaban dondequiera que iba y que, en ese instante, suenan tan fuerte que ocupan toda su cabeza.

Dirige su mirada a las pobres gentes con las que comparte aquel antro. Miserables hormigas como las de su sueño. La detiene unos segundos en el camarero que en una esquina de la barra seca unos vasos con un trapo tan mugriento y gris como el delantal que lleva puesto y como él mismo. Pide algo de alcohol para llevar. --Lo que sea-- dice.

El camarero, con gesto de desprecio, coloca una botella de vino cerca de su mano y le invita a que se marche. Deja el último billete de diez euros sobre la barra y se dirige a la calle sintiendo a su espalda la mirada despreciable de los otros.

Al salir recibe en su cuerpo sudado el frío de la madrugada. Intenta protegerse. Ha perdido su abrigo en cualquier momento del día o de la noche y no sabe dónde. Sube la solapa de la chaqueta y esconde sus manos en los sobacos. Dirige los pasos instintivamente hacia la derecha sin saber bien hacia dónde. Al poco se detiene, saca un cigarrillo del paquete y mientras lo enciende nota en sus dedos el agradable calor de la cerilla.

Son las doce de la noche más o menos. El viento es la única caricia que recibe en estas horas de soledad y tristeza. Ni un alma en la calle, sólo algunas luces en los edificios. Él vaga por unas calles desconocidas, con una botella de vino en el bolsillo y buscando un lugar donde refugiarse y resistir a esta noche. No quiere, o no sabe, o no puede, volver a casa.

Se sienta en un portal que ofrece algo de abrigo. Mira sus pies. Los calcetines han desaparecido dentro de unos zapatos que habían sido en algún momento brillantes y ahora están cubiertos de vómito y barro seco. Ni siquiera intenta tapar sus piernas con los calcetines para calmar el frío. Abre la botella y bebe con desesperación. No consigue tragar todo y resbala de su boca un vino agrio que vuelve a manchar su camisa y chaqueta que ya trae manchada de más vino y restos de comida que no recuerda.

Se apodera de él un frío interior provocado por la rabia de no saber dónde se encuentra, de sentir la humillación y la miseria dentro de sí, de evidenciar la degradación de un

yo vacío que ha cultivado hasta un tiempo atrás. De haberse encadenado a una vida de lujuria donde, el alcohol y la droga, han ocupado toda su alma sin que se percatara.

Alguien se mueve en el interior del portal. Tiene miedo. Se siente indefenso. Oye en la calle gritos amenazadores que se aproximan, carreras, risas, voces de gente joven y agresiva. Ni un alma en las aceras. Sólo esas voces.

El miedo le adentra un poco más en el portal y choca con alguien. Ese otro alguien le mira, primero sorprendido y después amenazante. Él, atina a ofrecerle la botella de vino y la actitud del otro cambia, le permite que se acerque. El otro da un trago largo y casi acaba con todo. También tiene miedo. Está, como él, receloso de la noche, de esos gritos retadores que se oyen; de esas pisadas que se detienen junto al portal.

Nuestro hombre se siente desamparado. Su vida está abierta, sin cerrojo, a disposición de quien venga. La noche acerca todos sus miedos reconvertidos en violencia gratuita a su interior. El viento da vida a sus sombras más oscuras. De nuevo los gritos. Ahora más cerca. Casi encima. El miedo a una agresión se hace más presente. Siente el temor en sus manos, en sus piernas, en su rostro. Desea que todo acabe de una vez por todas. Desea que amanezca.

Tres jóvenes entran en el portal. Uno lleva un teléfono móvil en la mano y grava la escena. Risas, amenazas, insultos, golpes con las manos. Más tarde, patadas. Después aparece un palo. Se cubre la cabeza. Le arrastran hacia el interior tirando del pelo. Más patadas.

Su compañero tiene menos suerte. Uno de los jóvenes, el más grande y bruto se encarga de él y le aporrea con una barra de madera esparciendo sangre por todo el portal.

Dejan a nuestro hombre a un lado y se ocupan del otro. Sollozos, sangre, gritos, súplicas. Lo arrastran hacia la calle, allí continúan pegándole. Le rocían con un líquido inflamable aunque no le prenden fuego. Es sólo una amenaza.

Se olvidan de ellos y se van igual que vinieron; con gritos y risas. Se hace de nuevo el silencio de la noche.

Arrinconado, temeroso, se anula por completo. Desea desaparecer. No existir. Se descubre en los pantalones la humedad del orín que no ha podido sujetar y en la cara el triunfo del miedo. Queda exhausto, esperando un amanecer que tarda en llegar, como si la luz del día hubiera decidido no empujar a la oscuridad de aquella noche.

Aún destrozado por el cansancio, por la ansiedad y por el miedo, cuando ve que los primeros rayos de luz iluminan la calle, se levanta de aquel rincón y sale a la calle. El otro ya se ha ido.

Aún no sabe si es el día de la siguiente noche, una tregua en su deambular por el mundo vacío o unas horas de libertad en la condena de un ser cautivo de su miseria. Sin embargo, por efecto de los primeros rayos de luz, sus temores se desvanecen, se alejan de su conciencia y se asombra de que aún le quede ilusión por vivir. Le sorprende su capacidad de resistencia. Intuye que su fortaleza es aún mayor de lo que esperaba. Comprende que aceptar su debilidad sin enloquecer; asumir su pobreza; valorar su sufrimiento y renunciar a lo que había sido hasta ahora es el camino para volver a sentirse persona.

Su aspecto no le importa, levanta la cara y busca el calor de los otros a través de sus ojos. Se pone en camino.